“Cómo el feminismo se transformó en la criada [*handmaiden*] del capitalismo”

Nancy Fraser¹

Como feminista, siempre asumí que al luchar por emancipar a las mujeres estaba construyendo un mundo mejor, más igualitario, justo y libre. Pero últimamente he comenzado a preocuparme de que los ideales promovidos por las feministas estén sirviendo para fines muy diferentes. Me preocupa, específicamente, que nuestra crítica del sexismo ahora esté justificando nuevas formas de desigualdad y explotación.

En un giro cruel del destino, temo que el movimiento por la liberación de las mujeres se haya enredado en un enlace peligroso con los esfuerzos neoliberales para construir una sociedad de libre mercado. Eso explicaría cómo sucedió que las ideas feministas que una vez formaron parte de una cosmovisión radical se expresan cada vez más en términos individualistas. Donde las feministas alguna vez criticaron a una sociedad que promovía el carrera, ahora aconsejan a las mujeres que "se acomoden" [*lean in*]. Un movimiento que una vez priorizó la solidaridad social ahora celebra a las mujeres emprendedoras. Una perspectiva que alguna vez valorizó el "cuidado" y la interdependencia ahora alienta el avance individual y la meritocracia.

Lo que hay detrás de este cambio es una transformación radical en el carácter del capitalismo. El capitalismo administrado por el estado de la era de la posguerra ha dado paso a una nueva forma de capitalismo: "desorganizado", globalizador, neoliberal. El feminismo de la segunda ola surgió como una crítica de la primera, pero se convirtió en la doncella de la segunda.

Con el diario del lunes [*with the benefit of hindsight*], ahora podemos ver que el movimiento por la liberación de las mujeres apuntó simultáneamente a dos posibles futuros diferentes. En un primer escenario, prefiguraba un mundo en el que la emancipación de género iba de la mano con la democracia participativa y la solidaridad social; en un segundo, prometió una nueva forma de liberalismo, capaz de otorgar a las

¹ En <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/oct/14/feminism-capitalist-handmaiden-neoliberal> (Traducción propia)

mujeres y a los hombres los bienes de autonomía individual, mayor elección y avance meritocrático. El feminismo de la segunda ola fue, en este sentido, ambivalente. Compatible con cualquiera de las dos visiones diferentes de la sociedad, era susceptible a dos elaboraciones históricas diferentes.

Tal como lo veo, la ambivalencia del feminismo se ha resuelto en los últimos años a favor del segundo escenario liberal-individualista, pero no porque fuéramos víctimas pasivas de las seducciones neoliberales. Por el contrario, nosotros mismos aportamos tres ideas importantes a este desarrollo.

Una contribución fue nuestra crítica del "salario familiar": el ideal de una familia masculina que ganara el hogar y una mujer ama de casa que fuera central para el capitalismo organizado por el estado. La crítica feminista de ese ideal ahora sirve para legitimar el "capitalismo flexible". Después de todo, esta forma de capitalismo depende en gran medida del trabajo asalariado de las mujeres, especialmente el trabajo de bajos salarios en el servicio y la manufactura, realizado no solo por mujeres solteras jóvenes sino también por mujeres casadas y mujeres con hijos; no solo por mujeres racializadas, sino por mujeres de prácticamente todas las nacionalidades y etnias. A medida que las mujeres ingresan a los mercados laborales en todo el mundo, el ideal del capitalismo organizado por el estado del salario familiar está siendo reemplazado por la norma más nueva y moderna, aparentemente sancionada por el feminismo, de la familia de dos personas remuneradas [*two earner family*].

No importa que la realidad que subyace al nuevo ideal sea niveles salariales deprimidos, seguridad laboral disminuida, niveles de vida en declive, un fuerte aumento en el número de horas trabajadas por salarios por hogar, exacerbación del doble turno, ahora a menudo un turno triple o cuádruple -y un aumento de la pobreza, cada vez más concentrado en hogares encabezados por mujeres. El neoliberalismo convierte las orejas de un cerdo en una bolsa de seda al elaborar una narrativa del empoderamiento femenino [*Neoliberalism turns a sow's ear into a silk purse by elaborating a narrative of female empowerment*]. Invocando la crítica feminista del salario familiar para justificar la explotación, aprovecha el sueño de la emancipación de la mujer, para alimentar el motor de la acumulación de capital.

El feminismo también ha hecho una segunda contribución al ethos neoliberal. En la era del capitalismo organizado por el estado, criticamos acertadamente una visión política restringida que estaba tan concentrada en la desigualdad de clase que no podía ver

injusticias "no económicas" como la violencia doméstica, la agresión sexual y la opresión reproductiva. Rechazando el "economismo" y politizando "lo personal", las feministas ampliaron la agenda política para desafiar las jerarquías de estatus basadas en las construcciones culturales de la diferencia de género. El resultado debería haber sido expandir la lucha por la justicia para abarcar tanto la cultura como la economía. Pero el resultado real fue un enfoque unilateral en la "identidad de género" a expensas de los problemas del pan y la mantequilla. Peor aún, el giro feminista hacia la política de identidad encajó perfectamente con un creciente neoliberalismo que no quería nada más que reprimir toda memoria de igualdad social. En efecto, absolutizamos la crítica del sexismo cultural precisamente en el momento en que las circunstancias requerían redoblar la atención a la crítica de la economía política.

Finalmente, el feminismo contribuyó con una tercera idea al neoliberalismo: la crítica del paternalismo del estado de bienestar. Indudablemente progresista en la era del capitalismo organizado por el estado, esa crítica ha convergido desde entonces con la guerra del neoliberalismo contra "el estado paternalista" [*the nanny state*] y su más reciente tratamiento cínico de las ONG. Un ejemplo revelador es el "microcrédito", el programa de préstamos bancarios pequeños para mujeres pobres en el sur global. Elegido como una alternativa empoderadora y de abajo hacia arriba [*bottom up*] (...), el microcrédito se promociona como el antídoto feminista para la pobreza y la sujeción de las mujeres. Sin embargo, lo que se ha perdido es una coincidencia inquietante: el microcrédito ha florecido justo cuando los estados han abandonado los esfuerzos macroestructurales para combatir la pobreza, esfuerzos que los préstamos a pequeña escala no pueden reemplazar. También en este caso, entonces, una idea feminista ha sido recuperada por el neoliberalismo. Una perspectiva destinada originalmente a democratizar el poder del estado para empoderar a los ciudadanos ahora se utiliza para legitimar la comercialización y la reducción del estado.

En todos estos casos, la ambivalencia del feminismo se ha resuelto a favor del individualismo (neoliberal). Pero el otro escenario solidario aún puede estar vivo. La crisis actual brinda la oportunidad de retomar su hilo una vez más, reconectando el sueño de la liberación de las mujeres con la visión de una sociedad solidaria. Con ese fin, las feministas necesitan romper nuestro enlace peligroso con el neoliberalismo y reclamar nuestras tres "contribuciones" para nuestros propios fines.

Primero, podríamos romper el vínculo espurio entre nuestra crítica del salario familiar y el capitalismo flexible al militar por una forma de vida que descentralice el trabajo asalariado y valore las actividades no remuneradas, incluido, pero no solo, el trabajo de cuidado. En segundo lugar, podríamos interrumpir el paso de nuestra crítica del economismo a la política de identidad al integrar la lucha para transformar un orden de estatus basado en valores culturales masculinistas con la lucha por la justicia económica. Finalmente, podríamos romper el vínculo falso entre nuestra crítica de la burocracia y el fundamentalismo del libre mercado al reclamar el manto de la democracia participativa como un medio para fortalecer los poderes públicos necesarios para restringir el capital en aras de la justicia.